

**PUBLICACIONES DEL PARTIDO DOMINICANO**

**UN DISCURSO DEL GENERAL Y DOCTOR**

*Rafael L. Trujillo Hijo*

**Y SEIS COMENTARIOS ACERCA DEL MISMO**



**Editora del Caribe, C. por A.  
Ciudad Trujillo, D.N.  
1960**







**General y Dr. Rafael L. Trujillo hijo, Secretario de Estado sin  
Cartera, Asesor Técnico Militar.**

26712-10  
Diz

BNPHU  
PD-RV  
F-RD 63



UN DISCURSO DEL GENERAL Y DOCTOR

Rafael de Cevallos G. y

Y SUS COMENTARIOS ALREDEDOR DEL MISMO



Editorial del Caribe, C. por A.  
Calle de la Libertad, 124.  
SANTO DOMINGO, D. R.  
1960



## INDICE

|  |    |
|--|----|
| <i>Discurso del General y Doctor Rafael L. Trujillo hijo, Secretario de Estado sin Cartera, Asesor Técnico Militar, con motivo del acto en el cual fueron condecoradas con la Orden de Trujillo en el grado de Caballero trece religiosas de la Congregación Siervas de María.....</i> | 7  |
| <i>Reflexiones Sugeridas por un Magistral Discurso, por el licenciado José Manuel Machado.....</i>   | 13 |
| <i>Comentarios a un Discurso Digno de Comentarios, por el licenciado Néstor Contín Aybar.....</i>  | 19 |
| <i>El Discurso del General Trujillo hijo, por el licenciado Max Uribe (I).....</i>   | 23 |
| <i>El Discurso del General Trujillo hijo, por el licenciado Max Uribe (II).....</i>  | 27 |
| <i>Consideraciones Acerca del Discurso del General Trujillo hijo, por el doctor Salvador Llubes Peña .....</i>   | 31 |
| <i>Consideraciones acerca de un discurso trascendental, por José M. Pichardo.....</i>  | 35 |





DISCURSO DEL GENERAL Y DOCTOR RAFAEL L.  
TRUJILLO HIJO

*En el acto de condecoración de trece religiosas de la  
Congregación Siervas de María.*

Religiosas de las Siervas de María:

Ministras de los Enfermos:

Se ha dicho que la gloria sólo la alcanzan los que en sus obras y hechos no mezclan ninguna pasión mezquina; los que dejan a la humanidad una herencia de bien o saber, de arte o de grandeza de alma. Vosotras, que integráis una de las comunidades religiosas de más profundo sentido humano, por el contenido emocional de la vocación que las asiste para dar al prójimo jirones de vuestro propio aliento, os habéis granjeado en la República Dominicana el respeto y la devoción de todas nuestras clases sociales. Habéis satisfecho a través de vuestra inconmensurable obra de bien colectivo las más amplias aspiraciones espirituales de la vida terrenal. Como genuinas intérpretes de la bondad y de la caridad que predicó Nuestro Señor Jesucristo, habéis esculpido una mística filantrópica que nos obliga a todos los católicos a inclinarnos en perpetuo reconocimiento.

El Honorable Señor Presidente de la República, interpretando los sentimientos de la gratitud nacional, ha querido premiaros con uno de los más altos galardones que la Patria agradecida tributa a quienes, como vosotras predicán el bien por el bien, como el más preciado tesoro humanísti-



co, confiriéndolos la Orden de Trujillo, en el grado de Oficial, en reconocimiento a vuestra enaltecida misión de socorro, a los héroes de las Fuerzas Armadas que defendieron nuestra soberanía en las frustradas aventuras internacionales que tuvieron como histórico escenario las poblaciones de Constanza, Maimón y Estero Hondo.

El agradecimiento es algo que nace en la esencia misma del ser humano, que es su alma. Los pecados del alma conllevan la condenación a una perpetua hoguera, de la cual jamás podría nadie salvarse. A pesar de que tenemos la oportunidad de encaminar nuestros actos hacia la salvación o la perdición, muchas personas los orientan por los senderos de la salvación aparente, revistiéndola de una hipocresía, sin defender la integridad de su personalidad interior, que es el alma. El que ama a Dios por sobre todas las cosas, como lo prescriben los Sagrados Mandamientos, tiene que cuidar de la esencia misma de su alma, no siendo traidor, desleal, desagradecido, envidioso o egoísta, males que infortunadamente las leyes humanas no condenan más que con leves penas y en muy contadas excepciones.

### *Singular satisfacción*

Para quien aprecia la fidelidad con que vosotras observáis los mandamientos de la Santa Madre Iglesia Católica, y en especial el primero, que debe ser en resumen la aspiración de todos los que nos sentimos hijos de Nuestro Señor Jesucristo, constituye motivo de singular satisfacción haber sido elegido por el Primer Mandatario del país para cumplir el señalado encargo de imponer en vuestros pechos este reconocimiento de poco valor material, pero de honda significación moral.

Como seres humanos, todos aspiramos a ser reconocidos. Los filántropos, aunque realicen sus obras desinteresadamente, desean ser estimulados. Los religiosos, aunque no pretenden reconocimiento alguno en este mundo, aspiran sin embargo, porque no se puede apartar lo humano de nuestra entelequia, a que Dios reconozca la bondad de sus actuaciones y el sacrificio de su paso por el mundo. Como



reza el aforismo: "Cualquier tonto puede criticar, censurar y quejarse, y casi todos los tontos lo hacen. Pero se necesita carácter y dominio de sí mismo para ser comprensivo y capaz de perdonar".

*Jamás ha exigido recompensa*

Su Excelencia, el Generalísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, para quien su pueblo agradecido ha solicitado le sea otorgado el título de Benefactor de la Iglesia Católica, jamás ha exigido recompensa alguna por el favor y la cooperación que ha prestado durante treinta años en provecho de la Iglesia Católica en Santo Domingo. Su régimen ha construido una nacionalidad, habiendo podido subsistir sin la cooperación espiritual de la Iglesia Católica. Sin embargo, dudo mucho que la Iglesia Católica pueda decir lo mismo con respecto al Generalísimo. Y es que él, en sus sentimientos, no se olvida de los seres y las cosas que quiere. De convicciones profundamente religiosas, anheló como al efecto anhela todavía, que al encumbrarse y destacarse, sobresaliera también su religión. Nuestra infecunda historia pasada nos revela crudamente, aun cuando a través de la glosa de sus años, —alternaron en el poder temporal dos altos prelados de la Iglesia Católica—, que ningún gobernante dominicano se preocupó como el Generalísimo de mejorar las relaciones de Clero y Estado dominicanos al punto de culminación concordatoria en que se encuentran en la actualidad.

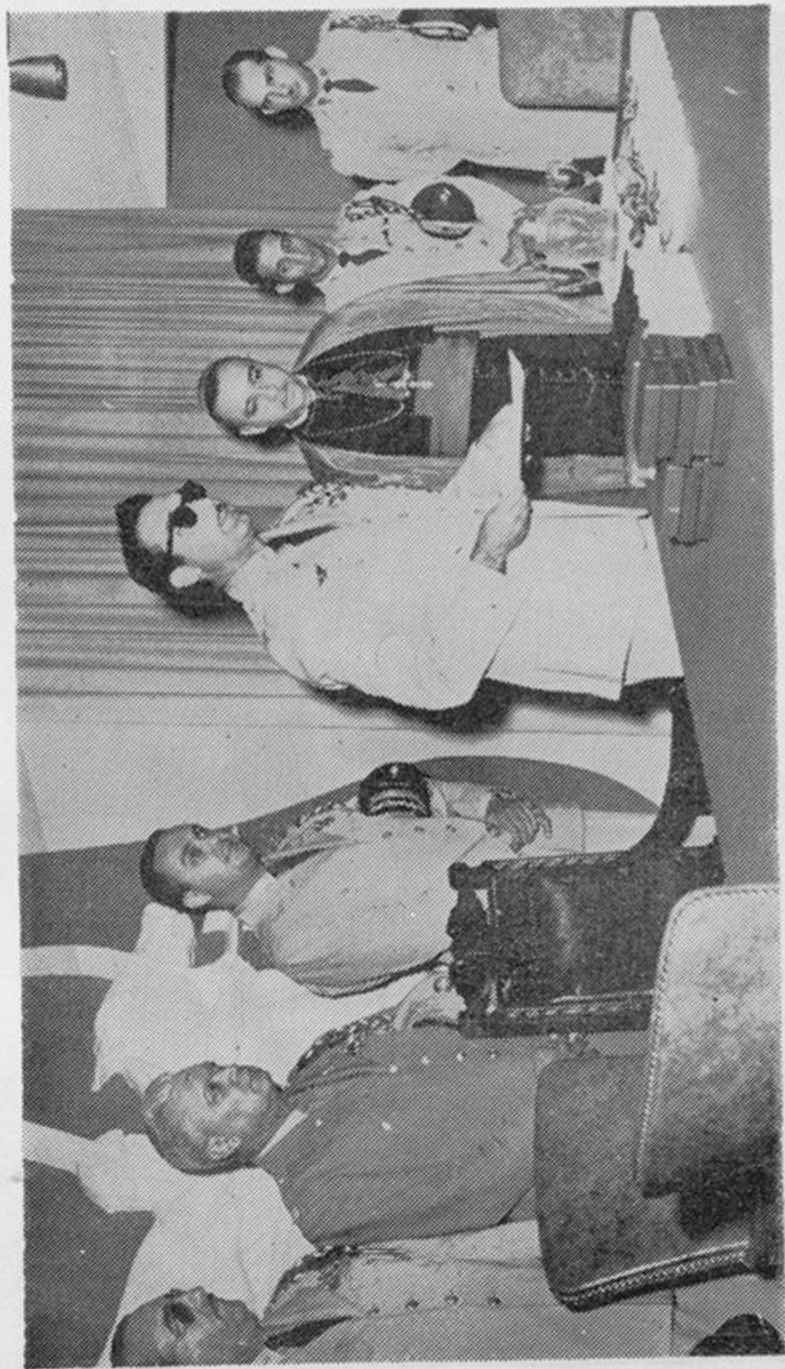
Ahora bien, estos actos que se hacen sin la aspiración de ser recompensados, no son muy comunes en la vida. John D. Rockefeller satisface su deseo de importancia dando dinero para la construcción de hospitales en diferentes lugares del mundo, que deberán denominarse "Fundación Rockefeller". George Washington quería ser llamado "Su Poderío, el Presidente de los Estados Unidos". Cristóbal Colón reclamó de los Reyes Católicos el título de Almirante del Océano y Virrey de las Indias Occidentales. Catalina la Grande se negaba a abrir cartas que no estuvieran dirigidas a "Su Majestad Imperial". La señora de Abraham Lin-

coln se volvió furiosamente una vez a la señora Grant y le gritó: "¿Cómo se atreve a sentarse usted en mi presencia sin mi autorización?". Todos los millonarios que patrocinaron el viaje polar del Almirante Byrd le exigieron como simple condición que las caletas, montañas heladas, etc., fuesen bautizadas con sus respectivos nombres. Víctor Hugo aspiraba a que la ciudad de París, nada menos, fuera rebautizada con su nombre. Hasta Shakespeare trató de agregar brillo a su nombre procurándose un escudo de nobleza para su familia. Miguel Angel, el gran pintor de la cúpula de San Pedro, al finalizar un cuadro de la Virgen se admiró tanto de su propio arte que grabó su nombre sobre la cinta que pendía del pecho de la Santísima Madre de Nuestro Señor Jesucristo. Y no solamente los grandes hombres han aspirado, como hemos visto, a ser reconocidos por los actos buenos de su vida, sino hasta los que han seguido la senda del mal, como el famoso pandillero norteamericano John Dillinger, quien se enorgullecía cuando proclamaba: "Soy Dillinger, el enemigo público N° 1".

Los ejemplos tenemos que recibirlos de las personas que están llamadas a dárnoslos. Cuando una ideología es fuerte, cuando una ideología es justa, se debe medir y pesar el balance, pues la imperfección es humana. Tan humana, que resulta siempre de triste recordación el caso de uno de los sucesores de San Pedro, Alejandro VI, quien legó a la posteridad ejemplos de indignidad tales, en desacuerdo con los principios de la religión católica, que su desafortunado papado cae dentro de lo que podríamos llamar período negro del Vaticano.

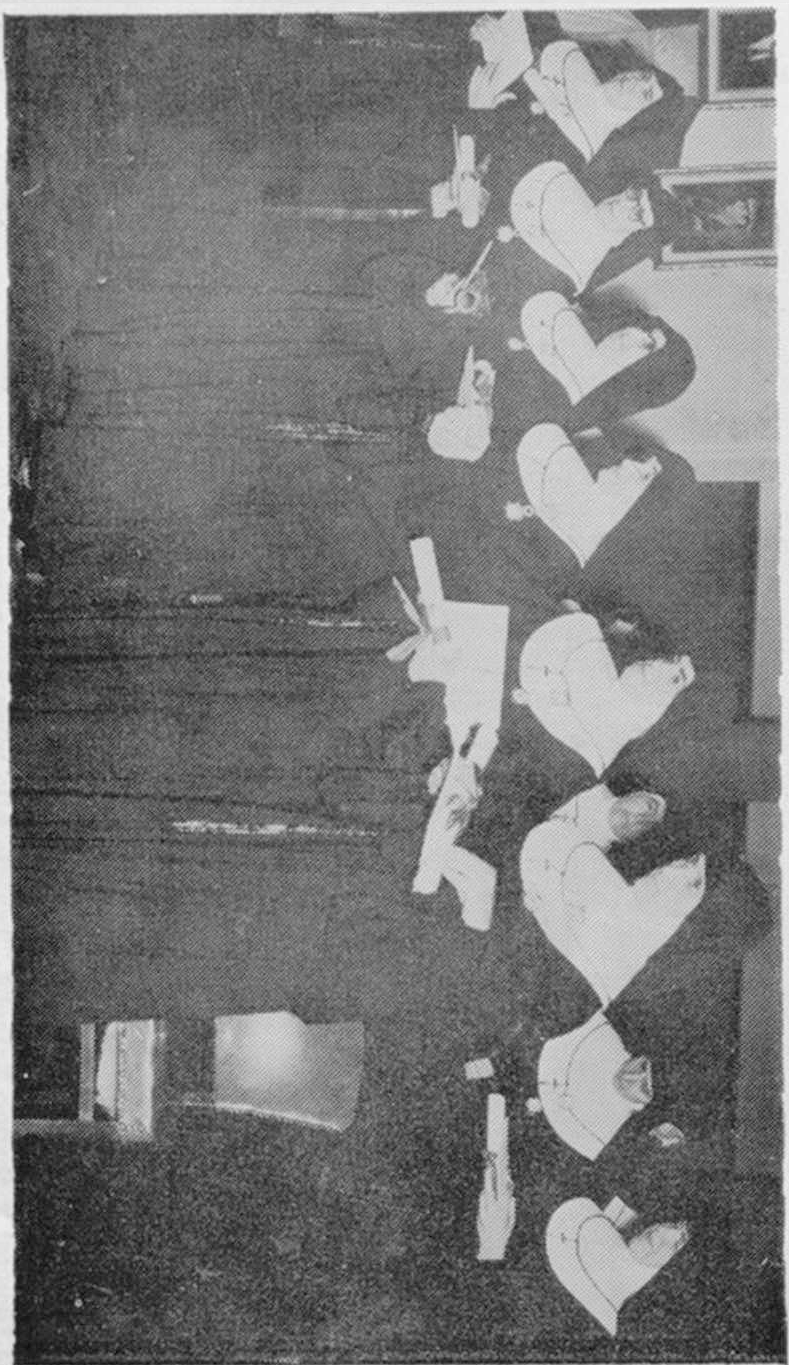
No quiero terminar mis palabras sin antes desearos todo género de gracias para que logréis el fin de vuestro sacrificio, alcanzando la gloria que Dios os ofrece a los seres que, como vosotras, son merecedores de ella.





El General y Doctor Rafael L. Trujillo hijo mientras pronunciaba su discurso en la ceremonia de condecoración a trece religiosos de la Congregación Siervas de María. Desde la izquierda, los mayores generales Virgilio García Trujillo y José René Román Fernández, teniente coronel Gilberto Sánchez Rubirosa; General Dr. Trujillo hijo, monseñor Octavio A. Beras, coronel Gabriel Alfonso Díaz y coronel Luis José León Estévez, A. M. D.





Grupo de religiosas de la congregación Siervas de María, que recibieron la condecoración de la Orden de Trujillo, en el grado de oficial, de manos del General y Doctor Rafael L. Trujillo hijo, secretario de Estado sin Cartera, Asesor Técnico Militar, en ceremonia efectuada en el Club Cine de la Base Aérea Presidente Trujillo.

*REFLEXIONES SUGERIDAS POR UN MAGISTRAL  
DISCURSO*

*Por José Manuel Machado*

Si todos los hechos de nuestra independencia estuvieron presididos y alentados por el credo católico y la fe cristiana;

Si la Iglesia Católica Apostólica Romana, por órgano de sus Ministros y representantes, se hizo pendón de libertad y, saliendo un poco del rito y la liturgia, de los actos y fiestas mecánicamente celebrados en ella, a medida que cada día se los señala, proclamó, sostuvo y defendió con la fuerza que infunde la religión y con la majestad que a ella corresponde, el sublime ideal de Jesucristo: no es posible predicar doctrinas saludables, en pueblos incapaces de actuar por sí mismos;

Si la Iglesia Católica Apostólica Romana, actuó así en el escenario de la vida política dominicana;

Si comprendiendo el vasto alcance de la libertad que debe cubrir y proteger a todos los pueblos, surgió la voz grave, serena, altiva y ponderada del Arzobispo Pedro Valera y Jiménez, la más alta autoridad eclesiástica, para dejar oír, por primera vez en nuestros límites geográficos, el grito eclesiástico de rebeldía, de disconformidad y la primera fuerza de expansión contra la dominación opresora y humillante, para convertirse, también, en la primera víctima de la ignominia invasora por su gallarda actitud de dignidad al negarse a reconocer y a afirmar la unidad ecle-



siástica de la isla, como consecuencia de la pretendida unidad política y administrativa;

Si el sacerdote católico, Gaspar Hernández, antiguo monje de la Orden de Agonizantes, desde el templo de Regina Angelórum hizo vibrar su palabra calcinante, transformando la serenidad de la cátedra en llamaradas de libertad y de odio contra el invasor extraño, a la vez que despertaba en las mentes dormidas la idea de Patria libre e independiente y el entusiasmo y la fe en la separación;

Si el sacerdote católico de la Orden de Menores de Observantes de San Francisco, Fray Pedro Pamiés, desde la sagrada majestad del púlpito, con frases de optimismo, mezcladas, para que produjeran mejor efecto, con el misticismo de las doctrinas divinas, consiguió, hacer imperecedero el mensaje de esperanza, de afirmación y de fe en la libertad;

Si "el Doctor Portes en sus pastorales, el P. Bonilla en sus sermones y los PP. Rosón en Bani; Roca en Macorís; Regalado en Puerto Plata; Solano en Santiago y Espinosa, Peña, Gutiérrez y Aponte, alentaron la idea de independencia";

También la Iglesia Católica Dominicana, después de nacer la República, resultó incapaz para mantenerse en su preeminente posición. Si exhortaron con su prédica la gestación de la República, en cambio, no pudieron coadyuvar en la formación de una nacionalidad. Carecieron de la acción perseverante y continuada; del impulso creador y del permanente propósito de combatir en interés de hacer de cada dominicano un ciudadano cabal.

En la vida independiente, la gestión de la Iglesia Católica Dominicana, no como moral filosófica, sino como agrupación social, resultó insuficiente para formar una conciencia nacional que impusiera la paz e hiciera de aquel conjunto amorfo y gregario, un pueblo civilizado.

Ni aún en las ocasiones en que se reunieron en las mismas manos la dirección política y religiosa del país, se consiguió estabilizar la paz, base fundamental de las doctrinas cristianas.



Por eso, mueve a profundas reflexiones, el discurso pronunciado por el General y Doctor Rafael L. Trujillo hijo, Secretario de Estado sin Cartera, Asesor Técnico Militar, al condecorar trece Hermanas Religiosas de la Congregación Siervas de María. En ese discurso, con indiscutible acierto expresa: "Su Excelencia, el Generalísimo Rafael Leonidas Trujillo Molina, para quien su pueblo agradecido ha solicitado le sea otorgado el título de Benefactor de la Iglesia Católica, jamás ha exigido recompensa alguna por el favor y la cooperación que ha prestado durante 30 años en provecho de la Iglesia Católica en Santo Domingo. Su régimen ha construido una nacionalidad, habiendo podido subsistir sin la cooperación espiritual de la Iglesia. Sin embargo, dudo mucho que la Iglesia Católica pueda decir lo mismo con respecto al Generalísimo".

En efecto, en 1930, si la Religión Católica Apostólica Romana se mantenía, como doctrina, respetada e intocada, con toda su fuerza y vigor en los sentimientos de casi la totalidad de los dominicanos; en cambio, la Iglesia Católica Dominicana carecía de programa de acción en el ineludible deber civilizador que le corresponde en toda sociedad; era rescoldo de una brasa que venía apagándose lentamente, por no haber podido mantener su superioridad. Su posición era tan precaria que no obstante considerarse en el derecho internacional como persona, en el derecho interno dominicano se le desconocía la personalidad jurídica. A tal extremo llegó este estado, que antes de 1930, se le colocaba entre los incapaces de tener bienes y, consecuentemente con este criterio, el 3 de junio de 1867 el Congreso Nacional concedió al Ayuntamiento de la Capital el edificio y terrenos del Palacio Arzobispal, para la construcción de un Mercado y una Gallera.

Aun más, la construcción de un mausoleo para sepultar los restos del Arzobispo Meriño dió origen a una serie de controversias entre el Poder Ejecutivo y los Representantes de la Iglesia, al punto que el Presidente Cáceres en un mensaje al Congreso Nacional, expuso: "Una diferencia importantísima ha surgido ya entre nuestra Iglesia Católica y el Poder Civil a causa de la disparidad del criterio susten-



tado por ambos con referencia a la propiedad de los bienes terrenales que usufructúa la Iglesia. Yo creo que los edificios destinados al culto católico pertenecen al Estado y que la Iglesia sólo los posee en usufructo; pues sus Ministros son los únicos capacitados para llenar el fin a que son destinados esos edificios. Este es un punto que someto a la alta consideración del Poder Legislativo”.

El aspecto más crítico de esa situación desgraciada queda revelado, en un artículo del Presbítero Licdo. Rafael C. Castellanos, donde dice: “La Iglesia no administra sus ruinas, porque no tiene recursos para ello, a causa de haberla reducido a la miseria el Estado cuando le usurpó sus capitales y sus rentas; y el Estado, en vista del completo abandono en que permanecían las mencionadas ruinas, se las apropió”.

Toda sociedad, como persona moral distinta de sus integrantes, necesita recursos para mantener, impulsar y desarrollar sus fines y propósitos. La Iglesia Católica dominicana, que conservaba su prestigio como doctrina, como sociedad extinguió lentamente su vida, no tan sólo por carecer de recursos, sino también por su alejamiento de los problemas esenciales de la República.

Tanto es así, que, a veces, todavía adolece de alejamiento como pudo advertirse en 1947, en que se desarrolló en el país una actividad esencialmente perjudicial para la sociedad y para la Iglesia Católica dominicana, con la ejecución de planes terroristas y de expansión de doctrinas desconocedoras de los valores morales y espirituales de la humanidad. En esa ocasión, la Iglesia Católica dominicana no tan sólo se limitó a la acción del Generalísimo Rafael L. Trujillo respaldado por el Ejército y el pueblo dominicanos, sino que, aun más, habiéndosele solicitado del Prelado de la Arquidiócesis de Santo Domingo su intervención para defender los principios de la Cristiandad, éste respondió, que el asunto en cuestión, era un problema de Estado y no de religión. Actitud similar asumió con las invasiones de Constanza, Estero Hondo y Maimón, no obstante estar persuadida de que ellas fueron impulsadas o, por lo menos, alentadas por el comunismo internacional y de que, si des-



graciadamente hubieran conseguido su propósito, una de sus primeras víctimas hubiera sido la Iglesia Católica.

Por eso cabe afirmar, como lo hizo acertadamente el General Trujillo hijo que el régimen ha construido una nacionalidad, habiendo podido subsistir sin la cooperación espiritual de la Iglesia. En efecto, al iniciarse el régimen la Iglesia Católica dominicana no reunía elementos para cooperar con la gran transformación social que demandaba el pueblo dominicano; en consecuencia, el Generalísimo Trujillo en su empeño de constituir una nacionalidad, no contó con la cooperación de la Iglesia Católica dominicana cuya situación precaria cerraba el paso a cualquier posibilidad de ayuda y que más bien ella la reclamaba para poder subsistir.

Ni esa precaria situación, ni la indiferencia con que fueron contempladas las necesidades de la sociedad dominicana, fueron obstáculo para que el Benefactor de la Patria alcanzara sus propósitos. Sin embargo, tal como lo afirma el General Trujillo hijo, si la Iglesia Católica dominicana hubiera carecido de la cooperación, que con larguezas y sin límites, le ha proporcionado el Generalísimo Trujillo, seguramente, el rescoldo de aquella brasa se hubiera extinguido y hoy, en vez de ser la Iglesia Católica Dominicana, como agrupación social, brillante luz que ha podido extenderse hacia todos los confines de la República, por la multiplicación de Seminarios, Iglesias y Conventos con que la ha dotado el régimen establecido por el Generalísimo Trujillo, sería una brasa apagada en un conglomerado que sin perder la fe en los postulados de la doctrina Católica, Apostólica Romana, que es uno de los elementos integrantes de su personalidad, no encontraría eco a sus sentimientos, en la agrupación social destinada a alentarlos, sostenerlos y defenderlos.





COMENTARIO A UN DISCURSO DIGNO DE  
COMENTARIOS

*Por Néstor Contín Aybar*

Recientemente, en ocasión de prender las insignias de la preciada condecoración de la Orden de Trujillo sobre los nobilísimos pechos de trece religiosas que, abnegadamente, se consagraron a derramar las mieles de su consuelo en los espíritus de héroes que vieron mutilados y heridos sus cuerpos en acciones libradas en defensa de la Patria, el General y Dr. Rafael Leonidas Trujillo hijo, Secretario de Estado sin Cartera, Asesor Técnico Militar, volcó la emoción de su palabra leal y sincera en un discurso que mereció nutridos aplausos. Refirióse el joven y pundonoroso militar y jurisconsulto a la cooperación prestada por su ilustre y esclarecido padre a la Iglesia Católica Dominicana. Su verbo, — elegante y convincente en todos los períodos de su notable pieza oratoria—, alcanzó extrema grandilocuencia cuando enfáticamente afirmó que el régimen de Trujillo “ha construido una nacionalidad, habiendo podido subsistir sin la cooperación espiritual de la Iglesia Católica” y expresó sus dudas, no menos enfáticas, de “que la Iglesia Católica pueda decir lo mismo del Generalísimo”. Tales frases mueven a la meditación y al comentario, porque encierran verdades que aunque amargas, son fácilmente demostrables.

Y es que la secular pobreza de la Iglesia Católica Dominicana fué mal que afligió las arcas vacías del tesoro eclesiástico nacional hasta tanto apareció en el escenario



de nuestra historia la figura prócer del nuevo caballero cruzado que ornó su pecho varonil y noble con la cruz que es a la vez el signo sagrado de los cristianos y el sacrosanto signo que parte en cuatro los cuarteles de la bandera nacional.

Nacida la República, la Iglesia Católica Dominicana heredó, junto con los blasones y el timbre de pasadas glorias, de títulos de primacía y de honor, el triste acervo de una prolongada penuria y de un alarmante abandono. Ni Portes e Infante, ni Valera y Jiménez, primero, ni luego Meriño ni Nouel, con haber cobrado tan alto prestigio y fama tan alta y haber alcanzado los dos últimos a reunir en sus mismas manos el cayado de Pastor de la Grey Católica y el timón de mando del Ejecutivo Nacional, lograron sacar de su marasmo de indigencia la Iglesia Católica Dominicana. Ni diezmos, ni capellanías; ni derechos, ni limosnas; ni la piedad limitada de escasos bienhechores, ni el socorro restringido de congregaciones y hermandades religiosas, ni la ayuda magra del Estado, daban abasto para sostener decentemente el culto católico, celebrado en los templos heredados de la Colonia, arruinados por la mano implacable del Tiempo; saqueados por la codicia insaciable de la piratería profanadora y descuidados y abandonados por la indiferencia de ministros del culto, sin entusiasmo y de fieles remisos a sacar monedas de sus bolsillos, para contribuir a las necesidades del Clero.

Así languidecía la Iglesia Católica en la República Dominicana, antes de Trujillo. El verbo de Meriño estremecía las bóvedas de los templos con sus arrebatos de sublime elocuencia; pero éstas amenazaban desplomarse a causa del ruinoso estado de sus columnas y soportes. Nouel derramaba en sermones y pastorales el oro de su cultura de altos quilates; pero el vil metal, no refulgía en las arcas del tesoro de la Iglesia y ésta se asfixiaba ahogada por las necesidades y penurias. El Estado veía con indiferencia su ruina y, en vez de tratar de remediarla la acentuaba, pretendiendo la devolución de bienes que le había cedido y negándole la personalidad jurídica.

Pero advino Trujillo al Poder y, de súbito, el panorama sombrío de la Iglesia Católica Dominicana tornóse risueño, con claridades de amanecer. El anciano Pastor, abatido por el peso de los años y los desengaños, fue honrado con el título de Arzobispo Vitalicio. No obstante sentencia dictada en su contra, se devolvieron a la Iglesia bienes adjudicados en propiedad al Estado. Se reconoció su personalidad jurídica. Se dieron facilidades para la afluencia de Ministros del Señor, de todas las nacionalidades y pertenecientes a todas las órdenes religiosas. Sacerdotes, monjes y monjas, hermanos y hermanas se desparramaron por todo el país como si, de nuevo, se hubiera pronunciado la voz que exclamó: "*Docete Omnes Gentes*". Colegios, seminarios, iglesias, conventos, casas de oración y de retiro levantaron sus muros austeros a lo largo y a lo ancho del territorio nacional. Se propició la enseñanza religiosa en nuestras escuelas y el consuelo de la fe católica llegó a hospitales y a cuarteles. Se predicaron Misiones, de un extremo a otro de la frontera y en otros apartados lugares de la República. Bautizos, confirmaciones y matrimonios fueron alentados y favorecidos por el Gobierno. Las ermitas pajizas y húmedas se convirtieron en templos sólidos y airosos. Se crearon Obispados. Se erigió un Palacio para la Nunciatura Apostólica. Se firmó un Concordato con la Santa Sede. Se creó el Patronato "San Rafael". Las Fuerzas Armadas tuvieron Capellanes Militares. El Palacio Nacional vió alzarse en sus cercanías su templo católico. La Feria de la Paz también vió erigirse el suyo. Una Secretaría de Estado se destinó a Cultos. Y todo, todo por Trujillo. Porque Trujillo lo quiso; porque Trujillo lo hizo; porque Trujillo lo dió. Por eso el pueblo, los fieles devotos dominicanos, reclaman para Trujillo el título de Benefactor de la Iglesia Católica Dominicana.

Esa es una cara de la medalla: la que ostenta la efigie procerca del Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva; la del hombre que como, atinadamente, expresó el General y Doctor Rafael L. Trujillo hijo, "ha construído una nacionalidad".



La otra cara corresponde a la Iglesia Católica Dominicana, y debería estar llena de gratitud, de admiración, de respeto, de respaldo a su indiscutible Benefactor.

Empero... cuando en el año de 1946, se encontraba en su apogeo, entre nosotros, el movimiento comunista, organizado bajo la faz o antifaz de Partido Socialista Popular y su filial Juventud Democrática, con toda su larga y conocida serie de planes terroristas, sólo Trujillo y con él las autoridades civiles y militares y el pueblo, consciente de sus altas y graves responsabilidades, supieron dar el frente a esa nefasta corriente de opinión, basada en doctrinas importadas de los propios dominios de Marx y de Lenin, preñadas de perversidades y horrores y negadora de Dios, de la Patria y la familia. En cambio, las Autoridades de la Iglesia Católica en la República, cuando se insinuó su intervención para repeler aquella amenaza de corrupción de los hogares dominicanos, tradicionalmente creyentes y temerosos de Dios Unico, Señor Omnipotente, respondieron a aquel reclamo expresando que ese no era un problema religioso, sino de Estado... ¡Como si negar a Dios, corromper y romper los lazos de la familia no fuera un problema religioso!

No obstante, Trujillo triunfó sobre sus adversarios, como ha triunfado en subsecuentes acometidas de los comunistas y filocomunistas, y de los que miran con indiferencia o con malicia su infiltración en la América nuestra, como triunfará ahora contra nuevas agresiones, como triunfará mañana frente a las que puedan presentarse. Porque Trujillo, es como dijo su digno vástago, un creador de nacionalidad, cuyo régimen ha podido "subsistir sin la cooperación espiritual de la Iglesia Católica", sin que ésta "pueda decir lo mismo con respecto al Generalísimo".

## EL DISCURSO DEL GENERAL TRUJILLO HIJO

### I

*Por Max Uribe*

El general Rafael Leonidas Trujillo hijo acaba de cumplir un gran encargo.

Ha cumplido él sin duda otros muchos grandes encargos, otras muchas importantes encomiendas en su carrera de soldado y diplomático. Pero necesariamente esas responsabilidades, las más de las veces, han debido quedar deliberadamente ocultas tras el rigor de la disciplina militar o de las consignas de cancillería. Con tanto más razón cuanto mayor fuera el bien que de las mismas pudiera derivar el país.

Ahora, sin embargo, se ha tenido la ocasión de ver al general Trujillo hijo realizando un acto que por su naturaleza e implicaciones debía trascender al público, ser ampliamente conocido por el pueblo y no quedar como uno más entre los sucesos de estricta significación dentro de la comunidad militar.

Monjas de la congregación de Siervas de María recibieron mediante decreto del Poder Ejecutivo, de manos del general Trujillo hijo, las condecoraciones de la Orden de Trujillo, en grado de Oficial. Se ha tratado de reconocer y estimular, con ello, el ánimo valeroso y el espíritu de abnegación y de piedad con que esas monjas asistieron y ayudaron a las tropas que defendieron la soberanía nacional contra las hordas que, en junio del pasado año, pretendieron implantar su imperio de horror y barbarie en Maimón, Estero Hondo y Constanza.



En la justiciera ponderación que del ministerio de las Siervas de María en su discurso hace, el general Trujillo hijo, a quien entre otras cosas se le tiene particular admiración por la rígida formalidad de sus actos, por su reflexivo intimismo y su imperturbable sobriedad elocutiva, da muestras en forma sobremanera elocuente de su personal complacencia y de su fruición sincera. Complacencia, según él expresa, "por haber sido elegido por el Primer Magistrado del país para cumplir tan señalado encargo". Fruición, porque "como genuinas intérpretes de la bondad y de la caridad que predicó Nuestro Señor Jesucristo", las monjas condecoradas han "esculpido una mística que nos obliga a todos los católicos a inclinarnos en perpetuo reconocimiento".

Manifestó alguien, a propósito de estas cosas a que nos venimos refiriendo, que existen almas que quieren las alas no tanto para volar con ellas, sino para cubrir a los demás. Veo, en esas palabras, la mejor síntesis del excelente juicio que de la callada, limpia y misericordiosa labor de las Siervas de María ofrece en su discurso el general Trujillo hijo.

Pero hay en la exposición de ese ciudadano, de ese hombre ejemplar que desde su mocedad hasta el día de hoy prefirió abstraerse de las pompas protocolarias de la vida oficialista para así poder servir mejor, desde los cuadros militares, al régimen de paz y de nacional engrandecimiento creado y mantenido por el Benefactor de la Patria, hay, repetimos, conceptos y aseveraciones que no podían dejar de ser expresados sino en el tono digno y responsable en que lo fueron.

Hoy en día, lo mismo que antes, las palabras no valen a veces por lo que ellas dicen, sino según los personajes que las dicen. En el caso presente la cosa es distinta: valen aisladamente las palabras por sí, por el caudal de verdades eminentes e incontrovertibles que ellas encierran, y valen además porque aquel que las ha proferido es un ciudadano prestigioso y consciente que lleva largos años sirviéndole con honor y probidad a un país que todavía, a pesar de sus treinta años de paz y progreso, se mantiene enfrentado a las persecuciones de la injusticia y a los zarpazos de la calumnia.

Sóbranle razones al general Trujillo hijo al afirmar que el Generalísimo y Doctor Rafael Leonidas Trujillo, para quien los pueblos de la República reclaman con voz de agradecimiento el título de Benefactor de la Iglesia Católica, "jamás ha exigido recompensa alguna por el favor y la cooperación que ha prestado durante treinta años en provecho de la Iglesia Católica en Santo Domingo". Sóbranle razones al sostener que el régimen trujilloniano ha construido y levantado una nación distinta y nueva y que ha podido mantenerse en pie y perseverar en sí "sin la cooperación espiritual de la Iglesia Católica". Está muy en lo cierto el general Trujillo hijo, en suma, cuando afirma que *duda mucho que la Iglesia Católica pueda decir lo mismo con respecto al Generalísimo Trujillo.*

No hay duda de que las dádivas y mercedes recibidas por el clero nacional de manos del Generalísimo Trujillo, le han ayudado a encarar satisfactoriamente las necesidades y problemas económicos así de la comunidad como de la Iglesia, y le han puesto y mantenido en la excepcional condición de trabajar y realizar su ministerio con ancha comodidad e imperturbable reposo.

Contra la avalancha de sectas y el enjambre de doctrinas que, al amparo de la libertad de cultos y de expresión existente en el país tratan de atraer con su prédica constante a las multitudes, nuestra Iglesia Católica, gracias a Trujillo, se ha mantenido enhiesta y segura, invulnerable, escudada en sus flamantes y bien equipados templos, orgullosa de la hermosura y el esplendor de sus altares, satisfecha, en fin, de congregar debajo de sus arcadas a casi todo el pueblo dominicano.

Muy distinta por cierto habría sido la situación de nuestra Iglesia Católica si, precisamente en una etapa como ésta de extraordinario crecimiento demográfico del país y en días como éstos que corren en que el espíritu social se ve conturbado por las corrientes ideológicas que lo empujan al pesimismo y a la duda, le hubiese faltado el apoyo tanto moral como material que le han dado sin tasa Trujillo y su régimen.



No apercebida la Iglesia Católica —dada la lentitud y parsimonia con que ella debe reaccionar ante los incesantes cambios y las bruscas transformaciones de estos nuevos tiempos— para enfrentarse con ventaja a la tremenda beligerancia de los contrarios grupos y sectas que hoy menudean por todas partes, bien claro se ve que ella habría sufrido imprevisible deterioro de no haber tenido padrino tan munífico y abogado tan fervoroso como el Generalísimo Trujillo.

Cierto es que el pueblo dominicano ha sido en su mayor parte, en el decurso de su historia, profundamente católico; pero no menos cierto es que si la Iglesia Católica no alentara la firme convicción de que sin su obra cristianizante correrían grave peligro las doctrinas y enseñanzas que ella preconiza, jamás se habría ella interesado en enviar a sus ministros a Santo Domingo, cual lo ha venido haciendo desde hace más de cuatro siglos, ni mucho menos se habría desvelado por asociar a su empresa y propósitos, como en el caso nuestro, la cooperación del Estado y la pródiga liberalidad de Trujillo, el Líder Nacional. El pueblo dominicano es católico, pero es justo reconocer que han sido primordialmente las proyecciones espirituales de la obra y de la acción de Trujillo lo que han determinado que se acrecienten y se conserven puras las esencias de sus sentimientos religiosos, los manantiales de su secular religiosidad.

De esta manera, la nueva nación dominicana que emergió por obra del Generalísimo Trujillo con la aurora del año 1930, ninguna deuda de tipo espiritual ni de otro orden tiene hasta ahora contraída con la Iglesia Católica militante en el país. Esta, en cambio, podría herir de muerte sus postulados de verdad y de justicia cuando desconociera todo lo mucho y grande que por ella y sus representantes ha hecho el Benefactor de la Patria.

Son estas, en resumen, las razones que han tenido las gentes sensatas del país, de modo especial las de las clases más cultas, para ver con solidario interés y con intelectual simpatía el discurso del general Trujillo hijo.

Un discurso de viriles alientos.

Un veraz y patriótico discurso.

## EL DISCURSO DEL GENERAL TRUJILLO HIJO

Por Max Uribe

—y II—

Ciertamente, con su alentador discurso al grupo de monjas recién condecoradas por el Presidente de la República, ha removido el general Trujillo hijo una cuestión de palpitante interés social.

Lejos estaría el señor Asesor Técnico Militar, secretario de Estado sin Cartera, de presuponer los explosivos efectos, la detonante conmoción que habrían de suscitar sus reflexiones en el ánimo público.

Y lo curioso del caso es que él ni pretendió hablar en tono de querrela, de quien alusivamente levanta la voz en demanda de reconocimiento o de justicia, ni mucho menos en tono de reconvención, de reproche o de censura.

Fueron sus palabras, simplemente, las de un atestiguado hijo de la Iglesia Católica dominicana que aspira a que ella mantenga justas normas de reciprocidad con los poderes que de manera tan amplia y paternal la han protegido. Porque cree sinceramente el general Trujillo hijo, y lo cree no sin fundamento, que el patriotismo religioso es un deber tan acuciante e imperativo como el patriotismo militar, el del soldado que expone o sacrifica su vida defendiendo con las armas del honor la soberanía de su país.

Por ello conviene ahora no olvidar que en el año 1947, precisamente en los días aquellos en que barcos y aviones y tropas se concentraban en Cayo Confites para caer por asalto sobre territorio dominicano, algo sorprendente e inespe-



rado conmovió al país. Sacó a la luz del día sus fauces y zarpas la subversión comunista. Sus lugartenientes, que ya llevaban buen tiempo concertando planes y realizando sin estorbos su labor de proselitismo en la sombra, no tuvieron empacho en hacer mofa de los poderes públicos y desafiar los dictados de la Ley. Y vinieron entonces las bombas clandestinas, vinieron los actos de terrorismo, vino la propaganda amañada y embustera y vinieron, en suma, los insultos y amenazas a los altos colaboradores del régimen por medio del libelo y el pasquín.

El gobierno, que comprobó que aquella insólita situación atentaba no sólo contra la legalidad de las instituciones del Estado y el sosiego de las familias, sino, también, contra la propia naturaleza moral de la doctrina cristiana, no perdió tiempo en informar a la Autoridad Eclesiástica sobre la gravedad de lo que venía aconteciendo ni vaciló, tampoco, en pedirle su colaboración y asistencia.

Diremos, si se nos admite la transposición, que la respuesta fué por lo peregrina una respuesta epónima: La Autoridad Eclesiástica consideró —¿lo sigue considerando todavía?— que la agresión de los comunistas no era un problema de Religión, sino un problema de Estado.

Naturalmente el gobierno, que tanto en aquella oportunidad como en los sucesos de Luperón, en el 1949, durante los de junio del pasado año y los ocurridos hace poco se ha mantenido confiado en su orgánica eficacia y en el formidable apoyo que le ofrece el pueblo a través de Trujillo, el Líder Nacional, no tuvo interés en detenerse a demostrar, como acaba de hacerlo ahora con su gran discurso el general Trujillo hijo, que si el problema comunista no es en opinión de ciertos ministros católicos un problema de religión, sí es, en cambio, un problema de todas aquellas instituciones que, como la Iglesia Católica, deben privativamente su razón de ser a la actividad religiosa. Ningún verdadero representante del culto católico ignorará, por otra parte, que el comunismo labora sobre la base de cuatro concepciones: una moral, una económica, una política y una religiosa.

Pero no son pocas las personas, mientras tanto, que a sí mismas se preguntan: ¿Cuál es el límite del ministerio del

sacerdote católico dentro de una comunidad? ¿Debe meramente el sacerdote dedicarse a oficiar misas, a velar por la compostura y buen orden de su iglesia, predicar sermones, bendecir bodas, decir responsos y administrar sacramentos, presidir procesiones, confesar y absolver a los que pecan confortar moribundos, oficiar en entierros y bautizos y cobrar sus diezmos y emolumentos? ¿Aspira en fin el Catolicismo a que sus ministros cumplan o llenen una misión todavía más vasta y trascendente, de mayor acometimiento espiritual, de más intensas y percutientes proyecciones morales y sociales en el seno de su grey?

No hay duda de que, a la luz de la enseñanza de aquel de quien dijo Cervantes que fue el "mejor maestro del cielo y de la tierra", de Jesús, hay que atribuir a dos cosas la magnitud y la importancia deseables en el trabajo del sacerdote: lo primero, las necesidades espirituales del medio; lo segundo, lo que el Papa León XIII llamó, con angélica clarividencia, *conciencia del oficio apostólico*.

Ah! Y qué hallazgo! Y qué descubrimiento!

Fué esa *conciencia* lo que impulsó a tan ilustre Papa a constituir la Iglesia de Pedro en poder defensor del pobre frente al rico. Fué esa misma *conciencia* la que movió a muchos obispos a empuñar las armas para defender a su patria contra las invasiones de los bárbaros a raíz de la caída del Imperio romano. Fué esa misma *conciencia* la que obligó a muchos monjes de la Edad Media a emprender tareas improbables, sobrehumanas casi, como la tala de bosques, desecación de lagunas y aperturas de vías de comunicación. Fué esa misma *conciencia* lo que convirtió en médico y en juez, en maestro de obras, en enfermo y en agricultor al misionero que por primera vez llegaba a comarcas recién abiertas a la acción civilizadora del hombre. Fué esa misma *conciencia* lo que determinó al cardenal Francis Spellman a vestir uniforme de soldado y a permanecer entre las tropas de su país durante la última guerra mundial. Fué esa *conciencia*, también, lo que mantuvo al obispo Reiller junto al general Douglas McArthur, en el Japón, y lo que le hizo musitar férvidas oraciones y derramar lágrimas de contri-



ción y pesadumbre al ver la ruina y mortandad de Nagasaki e Hiroshima.

Y es esa misma *conciencia del oficio apostólico*, en resumen, lo que mantiene y mantendrá por siempre en el cariño y la reverencia del pueblo dominicano a los Billini, a los Fantino, a los Ayala, a los Benito Pina, a los Gaspar Hernández y a otros tantos. Fueron ellos intrépidos filántropos, evangélicos sembradores del bien, adalides del progreso, ciudadanos excelsos, municipales ejemplares, enteros benefactores de la sociedad y del país.

Por eso, de haber estado ellos en vida, de no haber transpuesto ellos las temporales fronteras de la humana existencia, habrían continuado siendo abanderados del Deber y del Patriotismo en estos nuevos tiempos nuestros. Habrían sido de los primeros en correr, henchidos de frescas oraciones los labios, inundada de piedad y misericordia el alma, a curar las heridas o dulcificar con sus preces los postreros momentos de los soldados que derramaron su sangre por la República en Maimón, Estero Hondo y Constanza.

Sotanas compañeras, de esas que por ahí deambulan quizás sin *conciencia del oficio apostólico*, pudieron haber cumplido tan noble, tan piadosa misión. No fué así. Lo hicieron tiernas, dulces, santas monjitas de las Siervas de María.

Tiene, por tanto, sobrada razón el general y doctor Rafael Leonidas Trujillo hijo: La Patria Nueva Creada por el Líder Nacional "ha podido subsistir sin la cooperación espiritual de la Iglesia Católica". La Iglesia, en cambio, para mejor cumplir internamente su apremiante apostolado de Amor, de Bien y Justicia, necesita de los vientos bonancibles que siempre han empujado su barca. Pero segura esté ella de que jamás encontrará vacías las manos pródigas de Trujillo. Segura esté ella de que jamás encontrará tibia y desgana la voluntad insomne de Trujillo!

## CONSIDERACIONES ACERCA DEL DISCURSO DEL GENERAL TRUJILLO HIJO

*Por el doctor Salvador Lluberes Peña*

Con profundo sentido cristiano y amplia proyección humana, ha interpretado el General Doctor Rafael L. Trujillo hijo, la condecoración que el Poder Ejecutivo ha discernido recientemente a un grupo de trece religiosas de la Congregación Siervas de María, en reconocimiento de su espíritu altruista que las movió a rendir meritorios servicios a la Patria en los días de lucha contra los que intentaron invadir al país por Constanza, Maimón y Estero Hondo.

La consagración de estas religiosas, su fervorosa y desinteresada entrega al bien del prójimo, son rasgos que enaltecen la condición humana. Sus vidas dedicadas al alivio físico y al consuelo espiritual de los dolientes, constituyen un alto ejemplo de la caridad cristiana y un himno a la solidaridad humana de ecuménico aliento.

Las palabras pronunciadas en la ocasión por el General Doctor Rafael L. Trujillo hijo, revisten una importancia que trasciende del ámbito de la sencilla ceremonia que las motivara. Y ello porque el distinguido militar y jurista, con ejemplar ponderación, expone en su discurso conceptos y reflexiones que fijan, en forma clara y definitiva, el papel desempeñado por la Iglesia Católica dominicana en el vasto proceso de recuperación nacional que se inicia en el año 1930, con el advenimiento al poder del esclarecido Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva, Generalísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina.



En efecto, desde los inicios mismos de su gestión gubernativa, Trujillo supo apreciar en todos sus alcances la importante misión que tocaba a la Iglesia Católica Apostólica Romana como factor de unidad espiritual y de adelantamiento de la vida social y moral del Pueblo Dominicano, condición sine qua non para la trascendental obra rehabilitadora que iba a emprender.

Para un estadista de tan penetrante visión como Trujillo, con una viva conciencia de la realidad histórica y social de su medio, el papel desempeñado por la Iglesia Católica en el proceso de plasmación de la nacionalidad dominicana, estuvo y ha estado siempre presente en la línea de su claro pensamiento político.

En reiteradas ocasiones, esa misión que correspondió al Clero en la génesis de nuestra vida institucional independiente, ha tenido en Trujillo justiciero y elevado reconocimiento, como se evidencia en sus juicios acerca de las figuras ilustres del Padre Gaspar Hernández y del prelado Portes e Infante.

Según las propias palabras del Padre de la Patria Nueva, "el catolicismo no es para la Nación dominicana un factor secundario o adjetivo, sino que es substancia, esencia y vida de nuestro pueblo, razón por la cual la acción del estadista debe orientarse, sin vacilaciones, a favorecer su afianzamiento y espléndido auge".

De conformidad con este noble y levantado criterio, la Iglesia Católica dominicana, bajo el rectorado moral y político de Trujillo, ha disfrutado y disfruta de la más generosa y amplia protección. Se han invertido cuantiosas sumas en la edificación, reconstrucción y ornamentación de templos en todo el país; la erección de la imponente Basílica de Nuestra Señora de La Altagracia, ya en su fase final, ha constituido un empeño de toda la nación; se han levantado numerosos establecimientos docentes, los cuales han sido donados a beneméritas congregaciones religiosas y dotados de holgadas subvenciones; se ha promovido la fundación de misiones religiosas en las comarcas fronterizas; se ha reconocido la personalidad jurídica de la Iglesia y se ha puesto particular esmero en estrechar las relaciones entre el Esta-

do dominicano y la Santa Sede, política que culminó con la firma del actual Concordato.

Ahora bien, para apreciar en sus justos alcances este halagüeño cuadro de la situación de la Iglesia Católica, bajo la Era de Trujillo, es necesario contrastarlo con la precaria situación en que discurría esa misma Iglesia bajo los pasados regímenes que se alternaron en el poder en el curso de los tormentosos 86 años de vida nacional, comprendidos entre 1844 y 1930.

Trujillo encontró una Iglesia empobrecida, despojada de las rentas necesarias para el cumplimiento de su sagrado ministerio, reducida a un estado de "capitis diminutio" ya que no se le reconocía la personalidad jurídica.

Hoy por hoy, ese panorama ha cambiado radicalmente. La corriente renovadora que desató el advenimiento de Trujillo, al surtir sus benéficos efectos en todos los órdenes de la vida nacional, alcanzó, asimismo, y de modo principal, a la Iglesia Católica, que ha venido a gozar en el presente — según prometiera el Benefactor de la Patria— de un afianzamiento y espléndido auge, sin paralelo en país alguno de este Hemisferio.

En síntesis, la Iglesia Católica Apostólica Romana, ha sido en todo momento beneficiaria directa del estado de cosas instaurado por el genio político de Trujillo.

Sin embargo, cabe preguntarse: ¿Ha estado la Iglesia Católica dominicana a la altura de los favores recibidos? En estas horas de crisis que vive la humanidad, en este mundo de ideologías encontradas, cuando los gobiernos tienen que hacerles frente a obscuras fuerzas que pretenden minar sus bases institucionales y los principios de su organización, ¿cuál ha sido la actitud de la Iglesia Católica en nuestro medio?

Como estas interrogaciones se refieren a hechos recientes y de profunda repercusión en la opinión pública, las respuestas huelgan.

Baste decir que en tan graves circunstancias, cuando el Estado más precisaba la cooperación espiritual de la Iglesia, ésta se desentendió de los acontecimientos, para colocarse, según el pintoresco decir de los franceses "au dessus de la



melée”, aduciendo —sólo en este caso— la separación de lo temporal y lo espiritual, de la esfera del César y la esfera de Dios, como si esa escolástica distinción mantuviera su vigencia en un mundo complejo, en que deletéreas ideologías aspiran a captar con sus falacias, no sólo la razón y la voluntad de sus víctimas, sino también los fundamentos de su fe.

Son estas circunstancias las que prestan singular valor a los recientes pronunciamientos del General Doctor Rafael L. Trujillo hijo, quien al enjuiciar la obra de su ilustre progenitor, el Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva, frente a la Iglesia Católica dominicana, precisamente en una sencilla y elocuente ceremonia enderezada a la exaltación de la más noble y elevada de las virtudes cristianas, la caridad, puntualizó la situación, en forma precisa, con estas palabras:

“Su régimen ha construido una nacionalidad, habiendo podido subsistir sin la cooperación espiritual de la Iglesia Católica. Sin embargo, dudo mucho que la Iglesia Católica pueda decir lo mismo con respecto al Generalísimo” . . .

## CONSIDERACIONES ACERCA DE UN DISCURSO TRASCENDENTAL

*Por José M. Pichardo*

El General Dr. Rafael L. Trujillo hijo, Secretario de Estado, sin Cartera, Asesor Técnico Militar, en un magistral discurso, sereno, reflexivo, pronunciado con motivo de la imposición de la condecoración de la Orden de Trujillo, en el grado de Oficial, a trece religiosas de las Siervas de María, se extendió en atinadas y conceptuosas consideraciones acerca de la significación del acto enaltecedor, demostración de gratitud de la República para premiar de una manera decorosa, con una de las más altas recompensas nacionales, a quienes han dedicado su vida a hacer el bien, con humildad y fervor cristiano.

La labor realizada por las monjas condecoradas es digna del más encendido elogio, por su abnegación, la pureza de sus sentimientos, por su espiritualidad, que deja rastros luminosos, que enjuga lágrimas, que cicatriza heridas, que consuela, infunde esperanza y hace renacer la fe perdida en la divina providencia en momentos cuando el peligro amenaza, el dolor abrumba y se oscurecen los caminos. Estas Siervas de María, sin tener en cuenta los riesgos que corrían, las dificultades que era necesario vencer, con celo ardiente, llevaron a cabo la misión de socorro prestado a miembros de las Fuerzas Armadas, que se cubrieron de gloria, derrotando decisivamente a los invasores que vinieron a destruir la soberanía nacional, los adelantos alcanzados en esta Era de prodigiosas transformaciones, a imponernos doctrinas contrarias a nuestras creencias cristianas, del co-



munismo que niega a Dios, cayendo, para no levantarse más, abatidos por certeros disparos en los históricos sitios de Constanza, Estero Hondo y Maimón, episodios épicos que pregonan el patriotismo y el valor indomable de los soldados dominicanos.

Es digno, estimulante, justiciero, plausible, premiar a quienes honor merecen, por su heroísmo, por su intrepidez, por todo lo que revela grandeza de alma, generosidad, altruismo, fervor religioso y no lo impulsan la ambición bastarda, una sórdida ambición, sino el bien ageno, la caridad limpia de pecado y el amor, que es llama sagrada, que purifica, unción divina. Y es más sincera, más expresiva, tiene más grande importancia y trascendencia cuando la recompensa es de poco valor material; pero que encierra una gran significación moral, que vale más que el áureo filón, que cualquier otro premio y puede ser ostentada con orgullo y satisfacción.

Define el General Trujillo hijo el agradecimiento como algo espiritual, espontáneo, que "nace como la esencia misma del ser humano, que es su alma". La gratitud es la más preciosa de las virtudes, da estatura moral al que la practica, enaltece, confiere dignidad, es algo inefable que produce fruición, que estimula y fortalece.

Se ufana de haber sido elegido para cumplir el horondo encargo de imponer a las monjas la condecoración conferida por su humanitaria y generosa conducta, porque aprecia la lealtad con que ellas observan los mandamientos de la Santa Madre Iglesia Católica, que son fuentes de ternura, de piedad, de abnegación, de devoción y enseñanza cristiana.

Expuso, que aunque todos los seres humanos aspiran a ser reconocidos, porque el reconocimiento es cosa real que lleva en sí el principio de su acción, el Generalísimo Trujillo, para quien su pueblo, como una demostración de gratitud, de reconocimiento de sus grandes esfuerzos en favor de la Iglesia Católica, ha solicitado en una forma plebiscitaria; con insistencia, desde los más apartados rincones de la República, le sea otorgado el merecido título de Benefactor de la Iglesia Católica, sin que el eximio estadista haya exigido jamás "recompensa alguna por el favor y la

cooperación que ha prestado durante treinta años en provecho de la Iglesia Católica en Santo Domingo”.

Es innegable, porque reposa en hechos palpables, que el Generalísimo Trujillo ha realizado grandes esfuerzos, que han tenido éxitos rotundos, en provecho de la Iglesia Católica en la República Dominicana. Sus tesoreros empeños en ese sentido han sido constantes, extensos, múltiples, no sólo en la construcción de templos, hospitales, seminarios, escuelas, orfanatos, ayuda monetaria y respaldo moral, sino que también ha desarrollado otras actividades, valiosas, que han contribuido a la propagación de la fe cristiana, a vigorizar la religión, como fuente prolífica de paz, educación y moralidad.

Trujillo ha sido el único gobernante, desde que se fundó la República, que ha dispensado a la Iglesia Católica una protección ilimitada, rodeándola del respeto, de la dignidad, necesarias para el mejor éxito de su apostolado. Esta ayuda generosa ha contribuido eficazmente a que la Iglesia domine, se levante, mantenga su preeminente posición, y resista a los que socavan sus cimientos, aprovechando la negligencia, la indiferencia, de los llamados a defenderla, de propagar y preservar el credo católico y la fe cristiana.

También es una verdad inconcusa la afirmación de que el régimen del Generalísimo Trujillo ha “construido una nacionalidad, ha podido subsistir sin la cooperación espiritual de la iglesia”. Este es un hecho incontrovertible. La creación de la Patria Nueva, completamente libre, grande, sana de cuerpo y de espíritu, confirma esta aserción. En cambio, la iglesia no puede decir lo mismo con respecto al Supremo Conductor de nuestros destinos. ¿Qué hubiera sido de la Iglesia Católica sin la ayuda material, sin la cooperación espiritual del Generalísimo Trujillo? La respuesta es obvia: ruina, inercia, descrédito, confusión, retroceso.

Trujillo es consecuente con su manera de pensar. Para él no existe el “olvido de los seres y de las cosas que quiere”. Así lo presentan y realmente así es. Sus sentimientos son hondamente religiosos, algo que nació cuando todavía era un adolescente y que se ha fortalecido al correr de los años. Siempre deseó con vehemencia, como ahora lo anhela, que



al subir a la cima y conquistar gloria y fama, su religión también sobresaliera.

Un estado de penuria invalidó a la Iglesia Católica a través de los años, desde el comienzo de la fundación de la República, acentuándose cada vez más la pobreza, la falta de recursos en que vivió, hasta el advenimiento al poder de Trujillo, a causa de haberla reducido a la miseria el Estado, despojándola de todos sus ingresos, según opinión expresada hace mucho tiempo por uno de nuestros más sobresalientes sacerdotes. Tuvo que llevar una existencia precaria, limitándose a sus funciones eclesiásticas ordinarias, conservando su prestigio como doctrina, porque sin medios para subsistir y prosperar, su vida era de flaqueza, de carencia de espíritu y energía, no tan solo por la falta de recursos, sino también por su alejamiento injustificable de los más importantes problemas de la nación, que la sumió en la inanición y la inutilidad como fuerza social.

No intervino la Iglesia Católica en los disturbios que se desarrollaron en la República, actividades subversivas, de carácter terrorista, que eran una grave amenaza tanto para la estabilidad y seguridad del Estado como para la preponderancia y existencia de la Iglesia, por la propagación de doctrinas perniciosas, disociadoras. En ese tiempo la Iglesia, en 1946, se mantuvo en pasividad, al margen de los acontecimientos, alegando que no eran de su incumbencia, sino del Gobierno, dejando que el Generalísimo Trujillo, secundado por un bien adiestrado y leal Ejército, dominara la situación.

Lo mismo sucedió cuando las tentativas de invasiones de Constanza, Estero Hondo y Maimón, alimentadas y organizadas por dos gobiernos de comprobadas tendencias comunistas, enemigos encarnizados de la República Dominicana, con la cooperación de algunos dominicanos traidores, que se proponían subvertir el orden legalmente establecido y fundar un régimen envenenado por el virus de Marx.

No solo la Iglesia Católica asumió una actitud de indiferencia, sino que no intervino para defender los principios de la Cristianidad, como lo ha predicado repetidas veces el Santo Padre en Roma, y para cooperar con el Gobierno Do-

minicano para conservar intacta la soberanía nacional, para salvaguardar la integridad de la patria, amenazada de exterminio, como es deber de todo dominicano, vista o no sotana.

Y cuando últimamente se descubrieron las conspiraciones de terroristas y surgió el monstruo abominable del terrorismo, de la dominación por el terror, del anarquismo, que desconoce todo principio de autoridad, que profesa el desorden, la confusión y el desconcierto, y que se vale de todos los medios, protervos, para la acción violenta y destructora, se comprobó que había algunos sacerdotes dominicanos y varios extranjeros complicados en la trama ominosa.

El trascendental discurso que ha motivado las consideraciones anteriores expone al Generalísimo Trujillo tal como él es: un hombre de vigorosa mentalidad, de elevada estatura moral, noble de espíritu, con una sinceridad que lo engrandece y muestra su corazón generoso, sus ideas luminosas, que dejan rastros imperecederos.





